

ÁNGEL ESTEBAN / LA HIBRIDEZ COMO «MARCA GLOCAL» EN LA LITERATURA LATINOAMERICANA ACTUAL EN LOS ESTADOS UNIDOS

La primera mundialización moderna, la española y portuguesa del siglo XVI, fue posible gracias a la irrupción del capitalismo incipiente, alentado por la ambición de las monarquías cristianas, verdaderos núcleos de dominación al calor de los mestizajes y las propuestas globalizadoras para las cuatro partes del mundo (Gruzinski, 2010: 48-49). La última mundialización, la del capitalismo tardío, es fruto de la redistribución de bloques de poder en los treinta años que van de la disolución del segundo milenio a nuestros días. Ambas globalizaciones comparten la estrategia de proyectar como universal o como destino natural algo que únicamente se sostiene como forma de dominación de un *mainstream* sobre los espacios subalternos. En la primera, el latinismo occidental (castellano y portugués) utilizó, además de la forma de gobierno y la unidad religiosa, el mediador lingüístico, que se impuso con notable éxito en los territorios americanos y dejó una huella más discreta en las otras dos partes del mundo. Y el efecto universalizador podría haber sido mucho más contundente, al menos en el caso de la lengua española, si México hubiera mantenido aquellos vastos territorios con los que contaba en el momento de la independencia, una gran parte de lo que hoy es el sur y el occidente de Estados Unidos. En la segunda mundialización, a un siglo ya de la incorporación de la América anglosajona al espectro de dominación occidental, el idioma ha contribuido a ese liderazgo indiscutible, no solo por la versatilidad del inglés como lengua franca en las publicaciones científicas, en las plataformas virtuales y en el ámbito de las traducciones y los intercambios comerciales, sino también por la labor de intelectuales y académicos de las periferias, sobre todo de la India y de América Latina, que han ocupado puestos de elevada categoría en la Academia estadounidense, y desde allí han popularizado los estudios poscoloniales, los subalternos y más recientemente las propuestas de la opción decolonial (Mignolo, 2009), todos los cuales tratan de analizar este fenómeno de supremacía para proponer alternativas a los sujetos hegemónicos desde su misma plataforma de dominación.


Las dos mundializaciones partieron de un acontecimiento simbólico, que propició la apertura de una fase distinta del capitalismo




económico: el Descubrimiento y la Caída del Muro. El primero posibilitó la masiva circulación de productos y abrió las puertas al comercio transatlántico de alta densidad, y el segundo barrió las fronteras entre los tres mundos. El primero acrecentó el valor, anejo al capital económico y al simbólico generado por el idioma español, de la cultura hispánica, y el segundo consolidó el poder del inglés como catalizador de tendencias de universalización.

En las últimas décadas se ha producido también un movimiento que distorsiona o, al menos, matiza el proyecto globalizador ligado al idioma inglés, generado en el corazón de la capital de la mundialización. Se trata de la rápida ascensión del idioma español y sus culturas en Estados Unidos, con todo lo que conlleva de inserción, asimilación o conflicto, de los latinos migrantes o exiliados en el *mainstream*.

Las cifras no mienten: en 1950 los latinos sumaban el 1% de la población estadounidense, en 1995 el 10% y en 2019 casi el 20%, tendencia que llegará probablemente a significar un 30% hacia la mitad de este siglo. El Anuario del Instituto Cervantes *El español en el mundo 2019* concreta un poco más: en Estados Unidos hay ya 41 millones de hispanohablantes nativos y casi 16 más con un nivel aceptable de español, ya sea por su origen, sus circunstancias familiares o por aprendizaje voluntario. Además, el español es la lengua oficial en más de veinte estados de la Unión. La evidente consolidación de un idioma que produce una literatura cada vez más integrada y consumida en los circuitos culturales y académicos ofrece, sin embargo, tonalidades que denotan cierta perplejidad. La constatable fuerza demográfica no va acompañada de un crecimiento homogéneo en cuanto al poder adquisitivo individual. Aunque en cifras absolutas, el capital económico generado por el conjunto de latinos superaría al de las economías globales de países como Australia, Argentina o Sudáfrica, el promedio de ingresos es menor que el de otros colectivos étnicos (Bruzos, 2016: 6). Y el contraste entre la fuerza del uso, propagación y generación de recursos económicos colectivos, y el escaso rendimiento social y político debido a la limitada competencia económica de los particulares, genera para el idioma una serie de «prejuicios racistas y de clase que debilitan su capital cultural», por los

 Dióforo Teófilo
Puebla Tolín, *Desembarco de Cristóbal Colón en América*. Museo del Prado

 La caída del muro de Berlín, 1989.

que «se enfrenta al doble estigma de ser la lengua de los indígenas colonizados, los conquistados, subdesarrollados, los pobres inmigrantes, y de ser variedad inferior del español, “deformada” y contaminada por la influencia del inglés» (Bruzos, 2016: 10).

La hibridez como tendencia

Las estadísticas sobre las lenguas mayoritarias y su uso no reflejan, sin embargo, la portentosa hibridez que afecta a la producción textual de los latinos en los Estados Unidos. Hay autores que nacieron en un país de América Latina y emigraron en su niñez, cuando ya eran más o menos conscientes de una identidad. Otros nacieron en los Estados Unidos pero su origen está ligado a un país de habla española. Otros han encontrado acomodo en el norte después de haber llegado a la madurez, pero se han aclimatado de un modo relativo, dejando claras evidencias en su obra de aspectos idiomáticos, temáticos y culturales propios del país de acogida. Por último, hay escritores latinoamericanos que residen desde hace muchos años en los Estados Unidos pero su estable contacto con el país de origen, la cultura y las formas de vida asociadas a su procedencia reducen considerablemente la posibilidad de una hibridez perceptible.

Ha habido una evolución manifiesta en la dirección que han tomado los estudios sobre hibridaciones. En los años sesenta, setenta y ochenta del siglo pasado, los teóricos latinoamericanistas más prestigiosos, como Roberto Fernández Retamar (teoría latinoamericana autóctona), Antonio Cornejo Polar (heterogeneidad), Ángel Rama (transculturación), Desiderio Navarro (latinoamericanismo) y Néstor García Canclini en sus primeros acercamientos (hibridez), realizaban sus propuestas más pendientes de la perspectiva interna del subcontinente latinoamericano porque, desde el romanticismo hasta el *boom*, la ansiedad identitaria, la obsesión por ejercer una crítica autóctona, propia, alejada de la visión de los centros, y el rechazo a los modelos metropolitanos coloniales o imperiales, dificultaban la apertura a planteamientos más globalizados. Sin embargo, a partir de los noventa, el mismo García Canclini (1997: 112-113) y otros críticos del entorno comenzaron a plantear otra conceptualización relativa a las hibrideces, basada en una «heterogeneidad multitemporal» y en una «constelación de conceptos» que exige tener en cuenta otras consideraciones como los procesos migratorios de largo alcance y, más en concreto, aquellos que se producen alrededor del eje sur-norte, o los intercambios económicos, la modernización, la desigualdad, las políticas transnacionales, las estrategias de reconversión que involucran a las variantes diastráticas de los sujetos más o menos híbridos, la acción de los subalternos apoyada en estrategias novedosas y persistentes de disidencia, etc. Y, sobre la base de estas nuevas posiciones teóricas, la hibridez también amplió su espectro dialéctico, al evitar las oposiciones binarias, maniqueas, simplificadoras, poco adecuadas a la realidad, «particularmente inconsistentes en las fronteras interculturales donde hay intensa hibridación» (García Canclini, 1997: 113), algo que definí ya hace algunos años como «hibridez multiestructural», aplicado a ciertos autores del contexto latino en los Estados Unidos como Gustavo Pérez Firmat o Junot Díaz (Esteban y Aparicio, 2013).

Por otro lado, el concepto de «literatura menor» difundido por Deleuze y Guattari (1978 [1975]), reflejaba carencias similares a las del resto de los críticos de aquellas décadas, al hacer más hincapié en lo que separa a diversas culturas en lenguas diferentes en un espacio común, que en aquello que las conecta e hibrida, manejando categorías cerca-

nas al binarismo que demandaba el espíritu de la época. En primer lugar, habría que proponer para los Estados Unidos, partiendo del concepto desarrollado por Deleuze y Guattari, una multiplicidad de literaturas menores, las cuales no se encuentran en el mismo rango, porque entre ellas la producida por los latinos es la más extendida, con una diferencia considerable con respecto a las demás, incluidas aquellas que pudieran gozar de una tradición algo más dilatada, como la francesa. El multilingüismo ha generado últimamente una amplia reflexión crítica, como en Lacorte (2015), Maher (2017) o Coulmas (2018).

En segundo lugar, habría que señalar que no existe dentro de una misma literatura la misma propuesta política en todos los colectivos que deberían formar parte de esa minoría porque, por ejemplo, los chicanos comenzaron antes sus reivindicaciones que el resto de los latinos, y llegaron incluso a proponer una alternativa a la identidad mexicana tradicional, que resultaría disidente con respecto al origen indígena, fundamentalmente azteca, e hispano, y trataría de justificarse, acreditarse, verificarse y resituarse en el corazón del *mainstream*, alrededor de la imagen y el mito de Aztlán, que sustituiría como icono geográfico y símbolo de origen a Tenochtitlán, situado supuestamente en un enclave de lo que hoy son las regiones del sur de los Estados Unidos, y que significaría, según ciertas etimologías, «el lugar de la blancura» o «tierra de la blancura» (Skar, 2001: 28). Los chicanos no solo aportaron ese tipo de reivindicaciones, que oscilaban entre lo local y lo étnico, sino que elaboraron propuestas muy ligadas al aspecto económico, al campo y a la discriminación basada en esos parámetros. Los cubanos, sin embargo, reterritorializados por causa de una dictadura de carácter socialista, construyeron su voz desde un sector social mucho más elevado, con un nivel de educación más competente y desde una atalaya política mucho más condescendiente con el sistema del país de acogida, en la medida en que este pudiera colmar las expectativas del exilio con respecto al lugar de origen. Los puertorriqueños, por su parte, defendían mayoritariamente una tercera vía, ya que nacían con el pasaporte de los Estados Unidos, pero defendían una menor dependencia con respecto a su situación política subalterna, que crea constantemente marcas críticas de identidad esquiiva y problemática.

En tercer lugar, y este es el aspecto más determinante, la noción de literatura menor expresa claramente la dicotomía entre dos lenguas, cuando, en realidad, ni en los años setenta ni en este nuevo siglo ha existido tal binarismo. No se trata exactamente de una literatura en una lengua que se presenta como disidente en un entorno de subalternidad con respecto a otra lengua o cultura, sino de una solución de hibridez entre las dos lenguas. Hay autores latinos que escriben en español o en inglés exclusivamente, pero incluso en estos casos, las contaminaciones lingüísticas de un idioma a otro son perceptibles, en mayor o menor grado, por no hablar de las culturales entre el mundo latino y el anglo. Sin embargo, lo que viene siendo más común en las últimas décadas es la cohabitación entre los dos sistemas lingüísticos en muy diversas soluciones hibridatorias: escritores que utilizan el español como lengua base, pero intercalan términos, frases, giros, estructuras del inglés con relativa frecuencia; otros que hacen lo mismo pero desde el inglés como soporte primario; autores que pasan de un idioma a otro con absoluta naturalidad o mezclan los dos idiomas (*spanGLISH*); creadores que elaboran una obra enteramente en uno de los dos idiomas y luego se autotraducen; otros que son traducidos por terceros pero intervienen en el proceso de transposición, opinan o limitan la labor del traductor; los hay incluso que permiten que el traductor cambie no solo la literalidad sino partes de una trama.

Á. ESTEBAN /
LA HIBRIDEZ
COMO «MARCA
GLOCAL»...





Á. ESTEBAN /
LA HIBRIDEZ
COMO «MARCA
GLOCAL»...

Las posibilidades son innumerables. Por eso, es inútil tratar de ofrecer un mapa exacto y completo del alcance de términos, conceptos y clasificaciones sobre autores, obras y supuestas adscripciones lingüísticas, más o menos puras. El caso extremo de un poeta como Juan Ramón Jiménez, que no quiso aprender inglés para que su español fuera limpio y perfecto, no es posible en la actualidad. Cabe como proyecto utópico, pero si se reside en los Estados Unidos o zonas periféricas muy ligadas a su entorno, como Puerto Rico, República Dominicana, México, etc., es más probable que un autor sea bilingüe, hibridado o, como apuntó Gustavo Pérez Firmat (2017: 121-122), «nilingüe», ante la imposibilidad de ser monolingüe en las dos lenguas. Es más, cabe plantearse este proceso como «interlingüe» (Bruce-Novoa, 1994) más que como bilingüe, dada la «naturaleza intersticial» de la literatura latinoamericana en los Estados Unidos (Bhabha, 2002 y López, 2015), resultado de la tensión constante, líquida y camaleónica entre las dos lenguas. En ese sentido, no creo que sea del todo útil tratar de etiquetar a los autores por su tendencia lingüística. Pablo Brescia, por ejemplo, ha problematizado con buen criterio la utilización de «hispana» para la literatura escrita en español, frente a «latina», que sería la escrita en inglés porque, por ejemplo, autores que publican en inglés, como Daniel Alarcón o Junot Díaz, están alejados tanto en el estilo, como en los referentes culturales como —y esto es más importante— en su propia competencia del español (Brescia, 2018: 46).

Esa distinción es, además, inadecuada, ya que el término «hispano» sí se refiere directamente a la literatura escrita en español, mientras que «latino» puede ser aplicado por su etimología a muchas realidades, pero de ninguna manera a la literatura escrita en inglés. El término tiene una carga cultural, histórica e incluso política, pero carece de sentido raigal o de origen para esa denominación específica. Sí es útil, por ejemplo, el uso de «latino» aplicado a la literatura escrita por latinos en los Estados Unidos, para diferenciarla, por ejemplo, de lo «latinoamericano» escrita desde los países de América Latina. De todas formas, esta distinción no tiene en cuenta, por ejemplo, que en el contexto del subcontinente latinoamericano también hay zonas de contacto del español con otras lenguas, mayoritariamente indígenas, aunque también el inglés (en el caso de la zona norte de México, en Puerto Rico, etc.), el portugués (en los países limítrofes con Brasil), etc., aunque en todos esos casos el español no funciona como cultura o literatura «menor», sino que es precisamente el núcleo dominante del *mainstream*. Alejo López cita a Quiroga (2000) en su intento de superar la escisión entre los fenómenos culturales producidos en los Estados Unidos y en el resto de los países del orbe latinoamericano, acuñando el marbete de «Latino American», y propone que la literatura «latina» de los Estados Unidos es la escrita por autores de origen latinoamericano en «suelo» estadounidense (López, 2015), sin diferenciar lengua, lenguas o grados de implicación, mezcla o entrafía cultural de cada una de ellas. Más problemática es la separación que hace, a renglón seguido, entre literatura «hispanica» y «latina» en los Estados Unidos, en el análisis no literario, sino más bien social y étnico, que realiza sobre las polémica en los años noventa acerca de esas dos denominaciones para los colectivos humanos antes que para los productos literarios, que significaron en el inconsciente del anglo-americano WASP, sobre todo en relación con el término «hispano», «un intento velado de blanqueamiento o solapamiento de las raíces afro-descendientes e indígenas de esta identidad cultural» (López, 2015: parr. 7), ya que lo hispano «sonaba» para ellos a europeo, y lo latino se identificaba con lo latinoamericano de origen étnico híbrido.

Un breve apunte sobre la traducción y el lugar de la enunciación

La hibridez nos impone una manera de leer, una manera de interpretar, que significa necesariamente una manera de traducir. La frontera entendida como concepto más que como realidad geopolítica circula en la misma dirección. Asumir que la traducción es parte de la estructura interna de la producción literaria de las culturas híbridas actuales es desarticular los viejos patrones de adjudicaciones identitarias que ligaban países con lenguas y con maneras de ser. Las fronteras, hoy por hoy, son líquidas, movibles, porque tienen un carácter «dialéctico» de «naturaleza polisémica» (Vidal, 2017: 104). Estas diferencian lugares, formas de pensamiento, perfiles diversos de desterritorialización (exilio, migración económica, cosmopolitismo, mestizaje étnico multicultural), clases sociales, etc., y contribuyen a resignificar las nociones de centro y periferia. Algunos autores han enfatizado el carácter «doblemente débil» de la literatura en español en los Estados Unidos, por razones lingüísticas y geopolíticas (Brescia, 2018 y Vidal, 2017: 108). Sin embargo, el lugar de la literatura latinoamericana en los Estados Unidos va a depender, de aquí en adelante, de factores que desarticulan la consistencia de las centralidades idiomáticas y territoriales. Volviendo a las cifras iniciales de esta investigación, se supone que para finales de este siglo, los hispanos/latinos ya no serán una minoría en los Estados Unidos. Ahora queda por saber qué idioma o idiomas hablarán, de modo mayoritario, en qué variedad lingüística preferirán escribir, y cómo plantearán el problema del lugar de la enunciación; es decir, si para ellos el país desde el que hablen será considerado como propio o ajeno, y si su discurso se erigirá como hegemónico, subalterno, fronterizo o *hyphenizado*. En otras palabras, si una literatura mayor o menor, por continuar con Deleuze y Guattari, dependerá del idioma (en una sociedad líquida y cambiante), de qué idioma y de qué perspectivas o puntos de vista de esos escritores con respecto al idioma y al país. Aja y Albo (2014: 77) han observado que, mientras las primeras generaciones de chicanos, cubano-americanos, dominico-americanos, niuyorrican, etc., escribían más en español que en inglés, las segundas (más cercanas al fin del siglo XX y primeros años del XXI) son más bilingües. Ahora bien, desde los últimos años del siglo XX, hay una línea de críticos que considera sobre todo el entorno anglo que recubre el espacio latino en los Estados Unidos, y sugiere que ese ámbito va a seguir siendo dominante (Luis, 1997).

Creo que el debate actual sobre la literatura de los latinos, de los hispanos, o bien la literatura latinoamericana en los Estados Unidos tiene mucho sentido dentro de los contextos de la mundialización de la que hablaba al principio. Jorge Locane (2019) ha sintetizado el problema en el mismo título de su reciente ensayo: *De la literatura latinoamericana a la literatura (latinoamericana) mundial*. Que la literatura latinoamericana esté asimilada a un contexto globalizador o mundializador supone, para algunos críticos, el fin de la pertinencia de los gentilicios, de la división por países y, sobre todo, de la tensión continental, más propia de los años sesenta y setenta, en donde todo era político y la tensión norte-sur, anglo-hispano, estaba directamente relacionada con una definición identitaria que explicaba un pasado y sospechaba un futuro. Carlos Cortés escribió en 1999 que «La literatura latinoamericana (ya) no existe», y en ese mismo último suspiro del milenio aparecieron las antologías *McOndo* y *Líneas aéreas*, en las que Sergio Gómez, Alberto Fuguet y Eduardo Bécerra transitaban semejantes derroteros. Meses más tarde, el *Manifiesto Crack*, en la

revista *Lateral*, mantenía esa llama encendida, que fue alimentada por Jorge Volpi individualmente con «Narrativa hispanoamericana, INC.» (2008) y «El fin de la narrativa latinoamericana» (2004), y mantenida en toda su incandescencia por Hugo Achugar (2004), Ignacio Sánchez Prado (2006) y, más recientemente, Gustavo Guerrero et al (2020). Junto con esto, se mantendrá cada vez más vivo el debate sobre las traducciones. Estas obras híbridas adquieren un estatuto especial en función de sus posibilidades interpretativas, pues pertenecen a un mundo fronterizo en términos de cultura, lengua y cosmovisión, y su traducción debe ser, fundamentalmente, interpretación, «estética recreadora», pero también «sistema ético», desde el que se pueda apreciar «la pluralidad de la que está hecho» el texto literario, que permita «acceder al significado como *devenir*», entendido este como el «punto en el que dos entidades de distinta naturaleza se conectan a través de una red de relaciones infinitas» (Vidal, 2017: 18). Y junto con la interpretación en el barro de lo fronterizo, la tendencia actual hacia el «born translated» de tantos latinoamericanos, fenómeno anejo al concepto de literatura (latinoamericana) mundial, por el que la «preocupación por la traducibilidad» lleva a una «literatura aséptica y homogeneizada» (Logie, 2020: 207). Estos, son, en definitiva, algunos de los retos a los que se enfrenta la nueva literatura latinoamericana en los Estados Unidos, abiertamente híbrida y definitivamente fronteriza.

Á. E.—UNIVERSIDAD DE GRANADA

Bibliografía

- ACHUGAR, H. (2004). *Planetas sin boca*, Montevideo, Trilce.
- AJA DÍAZ, A. y ALBO, A. N. (2014). «Hacia adelante o hacia atrás. Latinos en los Estados Unidos: población, identidades y producción literaria». *Casa de las Américas*, 277, pp. 66-84.
- BHABHA, H. (2002). *El lugar de la cultura*, Buenos Aires, Manantial.
- BRESCIA, P. (2018). «Una literatura (doblemente) débil: los Estados Unidos en español», *Ínsula*, 859-860, pp. 45-49.
- BRUCE-NOVOA, J. (1994). «Dialogical Strategies, Monological Goals: Chicano Literature», en *An Other Tongue. Nation and Ethnicity in the Linguistic Borderlands*, ed. Alfred Arteaga, Durham, Duke University Press, pp. 225-246.
- BRUZOS MORO, A. (2016). «El capital cultural del español y su enseñanza como lengua extranjera en Estados Unidos», *Hispania*, 99, 1, pp. 5-16.
- CORTÉS, C. (1999). «La literatura latinoamericana (ya) no existe», *Cuadernos Hispanoamericanos*, 592, pp. 59-67.
- COULMAS, F. (2018). *An Introduction to Multilingualism: Language in a Changing World*, Oxford, Oxford University Press.
- DELEUZE, G. y GUATTARI, F. (1978 [1975]). *Kafka. Por una literatura menor*, México, Era.
- ESTEBAN, Á. y APARICIO, Y. (2013). «La hibridez multiestructural de Gustavo Pérez Firmat y Junot Díaz», en *Imágenes de la tecnología y la globalización en las narrativas hispánicas*, eds. Jesús Montoya Juárez y Ángel Esteban, Madrid, Iberoamericana-Vervuert, pp. 201-214.
- GARCÍA CANCLINI, N. (1997). «Culturas híbridas y estrategias comunicacionales». *Estudios sobre las Culturas Contemporáneas*, III, 5, pp. 109-128.
- GUERRERO, G., et al. (2020). *Literatura latinoamericana mundial. Dispositivos y disidencias*, Berlín, De Gruyter.

- GRUZINSKI, S. (2010). *Las cuatro partes del mundo. Historia de una mundialización*, México, Fondo de Cultura Económica.
- LOCANE, J. (2019). *De la literatura latinoamericana a la literatura (latinoamericana) mundial*, Berlín, De Gruyter.
- LOGIE, I. (2020). «¿Escritos en la traducción y para la traducción?», en *Literatura latinoamericana mundial. Dispositivos y disidencias*, ed. Gustavo Guerrero et al., Berlín, De Gruyter, pp. 207-222.
- LÓPEZ, A. (2015). «Nuevas instancias transculturales de la literatura latinoamericana: la tradición latina de los Estados Unidos», *Amerika*, 13, s. p. Consultado el 3 de enero de 2020. En <http://journals.openedition.org/amerika/6918>.
- LUIS, W. (1997). *Dance Between Two Cultures: Latino Caribbean Literature Written in the United States*, Nashville, TN, Vanderbilt University Press.
- MAHER, J. C. (2017). *Multilingualism: A Very Short Introduction*, Oxford, Oxford University Press.
- MIGNOLO, W. (2009). «La idea de América Latina (la derecha, la izquierda y la opción decolonial)», *C y E*, 1, 2, pp. 251-276.
- PÉREZ FIRMAT, G. (2017). *Sin lengua, deslenguado*, Madrid, Cátedra, edición de Yannelys Aparicio y Ángel Esteban.
- QUIROGA, J. (2000). *Tropics of Desire: Interventions from Queer Latino America*, Nueva York, New York University Press.
- SÁNCHEZ PRADO, I. (ed.) (2006). *América Latina en la «literatura mundial»*, Pittsburgh, ILLI.
- SKAR, S. A. D. (2001). *Voces híbridas. La literatura de chicanas y latinas en Estados Unidos*, Santiago de Chile, RIL Editores.
- VIDAL CLARAMONTE, Á. (2017). «Dile que le he escrito un blues». *Del texto como partitura a la partitura como traducción en la literatura latinoamericana*. Madrid, Iberoamericana-Vervuert.
- VOLPI, J. (2004). «El fin de la narrativa latinoamericana», en *Palabra de América*, Roberto Bolaño et al., Barcelona, Seix Barral, pp. 206-223.
- (2008). «Narrativa hispanoamericana, INC.», en *Entre lo local y lo global. La narrativa latinoamericana en el cambio de siglo (1990-2006)*, eds. Jesús Montoya Juárez y Ángel Esteban, Madrid, Iberoamericana/Vervuert, pp. 99-112.

Á. ESTEBAN /
LA HIBRIDEZ
COMO «MARCA
GLOCAL»...

